



CARNAVAL,  
TE LEO

## LA BIBLIO ES UN CARNAVAL

*¿Para qué organizar un baile de máscaras o un concurso de disfraces si políticos y usuari@s son, en sí mismos, auténticos personajes? Nuestra bibliotecaria, la Señora Súper, presenta a los más insignes usuarios, e invita, a los que viven del cuento, y llevan máscara, a disfrazarse de situaciones reales, al tiempo que nos muestra que “la vida es un carnaval y que (para sobrevivir) las penas se van cantando” (o, en su caso, bailando).*

Querid@s compañer@s del metal, del vil metal: Cuando aún no he terminado de ponerme ciega a polvorones, peladillas y turrones, ya veo que se me viene encima lo siguiente: elegir entre carnaval o el comodín de la cuaresma. Yo, este año, me voy a acoger a lo último. Que luego pasa lo que pasa: llega el momento de hacer acto de conciencia, de subirme a la báscula, y de comenzar a fustigarme. Amén de que también llegan las prisas con la operación bikini... y los llantos, con el zasca frente al espejo... y las caricias de mi espeso sobre mi “puerco”: “Anda, ve al psiquiatra a que te quite la torrija de encima”. “¡Querrás decir a gimnasia!”. “No, hija, esa torrija ya no te la quita ni Dios, se te ha hecho solidaria. Confíemos en que el Doctor pueda hacer algo con la otra”.

Pero eso no es lo peor. Lo terrible es que en breve tendremos jefe nuevo. Y, una vez más, el concejal entrante tomará la cartera del saliente (y la del contribuyente, claro). En fin, mientras venga falto de ideas, no nos irá mal del todo. A ver si el nuevo, en vez de baile de máscaras, nos propone algo más intelectual. Porque conmigo, además, ya no cuentan para aquellas lides.

Nosotros no necesitamos disfraces para convertirnos en otro personaje o en aquello que deseáramos ser. A mí me basta con intentarlo día a día: ser buena persona por dentro. Pero, sobre todo, estar buena por fuera (que también tiene su mérito). Y a mis usuarios tampoco, que hay muchos que ya se disfrazan a diario. Así que, los carnavales y la farsa para los políticos, que llevan máscara de serie. Que

*¡En mi biblioteca, ya sea por los usuarios, por los políticos, o por las situaciones que acaecen, día a día, vivimos en Carnaval.*

se disfracen, por un día, de padre de familia numerosa en paro, de trabajador sin seguridad social, de enfermo en lista de espera, de estudiante sin beca, de indigente, de inmigrante... ¡Venga, hombre, que se quiten la máscara, que queden a cara descubierta y, lo que es peor, a calzón quitado, con una mano delante y otra detrás, como muchos españoles!

Y hablando de personajes. Muy a propósito, podría adentrarme en los literarios: Don Carnal y Doña Cuaresma, los que aparecen en El Libro de Buen Amor, del Arcipreste de Hita. O en Los cuernos de don Friolera y La hija del capitán, de la trilogía de esperpentos de los años treinta del genial Valle-Inclán. Pero mejor me quedo con “Todo el año es Carnaval”, de Larra, para mostraros, a través de los per-

sonajes no literarios de mi biblioteca, cuánta razón tiene el autor. Porque en mi biblioteca, ya sea por los usuarios, por los políticos, o por las situaciones que acaecen, día a día vivimos en Carnaval. Y si a mí me convirtieron en OctoSusi o Señora Súper, y mi compañera se ganó el alias “Rottenmeier”, algunos de mis usuarios, por encima de la categoría de OSOario, son auténticos personajes.

El más antiguo es “el Caserín”, otros le llaman “Cojín”. Caserín es bueno, bajito y gordinflón. Llegó, por casualidad, el día que inauguramos la biblioteca. Vio que había canapés, y periódicos, y todo gratis. Y, desde entonces, encontrándose aquí como en casa: su café y su butaca de oreja -a veces viene con sus zapatillas de braseró-, no ha fallado un solo día a la cita. Se conoce todos los rincones de la biblioteca (aunque no los fondos, que sólo son parte del decorado), sus gentes y sus chismes. Y, en alguna ocasión, hasta nos ha sacado de un apuro, dejándonos su juego de llaves. Después de tomarse el café de máquina, de leer el periódico y de observarme a través de él durante horas, se acerca para despedirse y, si puede, me da dos besos. Y, a veces, hasta me da un bombón.

*Lo terrible es que en breve tendremos jefe nuevo. Y, una vez más, el concejal entrante tomará la cartera del saliente (y la del contribuyente, claro).*

Muy de cerca en calado histórico o histérico (según se mire), le sigue “el Antropólogo”. Que no lo es, pero que se lo cree. Trae un monóculo, una cajetilla de tabaco, un pincel, un metro de costura colgado al cuello y “titantos” periódicos bajo el brazo. Y, a cuestras, un saco de piedras y huesos, que dice datan de la época de Pablo Picapiedra, cuando, está claro, los huesos son de pollo. Aquí hace sus necesidades, y sus estudios holísticos. Y, antes de irse, se asoma por el ventanuco de mi despacho y observo su ojo moverse de arriba abajo, escaneándome, como si yo fuera un *Tiranosaurus Rex*. A veces pienso que me va a secuestrar y a someter a sus artes taxidérmicas y que voy a acabar mis días expuesta en el Museo de Ciencias Naturales.

También forma parte de este extraordinario elenco “la Tora”, opositora con veinticinco años de experiencia en suspender, con los mismos veinticinco de ira contra el mundo y sin ningún ánimo de abandonar, ni la oposición ni el consultorio psicológico y gratuito que ha encontrado en la biblioteca. Se acerca al mostrador, donde no tengo escapatoria, me mira fijamente, con esos ojos que, parece, se le

salen de las órbitas. Me canta, no la lección sino sus penas, despachándose a gusto y dejándome a mí con el antónimo (véase disgusto) y con la duda cartesiana de saber si tanto mirarme no será porque tengo un moco colgando de la nariz.

Y para terminar, “el Tenor”. Podría decirnos que, entre nuestros usuarios, contamos con un Plácido Domingo que nos deleita las jornadas con su envolvente y colorida voz. Pero, muy al contrario, lo que tenemos es un Desagradable Lunes, el día que nos visita, siempre acompañado de su fiel y embriagador “eau de aleGón”. Podría decirnos que canta la *Traviatta*, sí. Pero no. Él no canta, a él le cantan. Las alitas, los tachines y *tutto*. No sé si viene del gimnasio o si le viene de serie. Ni lo sé ni me importa. Sólo sé que hay tiempo para una de dos: salir corriendo o taparse las narices y rezar para que se marche y no morir cianótica... Y cómo no será el asunto que, cada vez que pasa por el mostrador, deja un rastro mofetero indestructible, inalterable e imperecedero, que lleva a confusión, pues no hay usuari@, que venga seguidamente, que no me mire con cara de asco, como diciendo “¡Se le ha caído algo, Señora!”.

El caso es que, tanto me miran unos y otros, que ya no sé si los personajes son ellos o soy yo.

Ring, ring. Suena el teléfono.

- “Biblioteca, buenos días. Le atiende la Señora Súper. ¿En qué puedo ayudarle?” - contesto.
- “A la paz de Dios”- dice, alto y claro, una voz desconocida (no, si va a haber gente fiSna, también, entre nuestros feligreses. Perdón, entre nuestros usuarios).
- “¡Alabado sea el Señor!” -le contesto, para estar a la misma altura.
- “Soy Francisco, el nuevo concejal” (¡Ay madre! Menos mal que no he dicho lo de Digma-melón). Me ha dicho Señora ¿qué?”
- “Señora Súper (se hace un silencio). Señora Súper... súper encantada de saludarle, quería decir. O sea, a la paz de... Quiero decir, bienvenido a la casa del Señor. Es decir... Bienvenido, Señor. Dígame, ¿qué se le ofrece” (te he visto más rápida saliendo de un bucle, Súper).
- “¡Vamos a ver, guapis! (¡Uuuu, qué pronto ha abandonado la casa de Dios!). ¿Tú sabes que una mancha de mora con otra verde se quita?”
- “Sí, sí, eso decía mi abuela”.
- “¿Lo de guapis?”
- “No, lo de la mora” (Cociente Intelectual por debajo de 90).
- “¿Lo de la mona?” (y, encima, sordo).
- “¡Mora, mora! -le grito ¿No decía que una mancha de mora con otra...?”



–“¡Ah, sí, sí! Bien, pues para quitarnos el mal sabor de boca de la fiesta de Halloween, estos carnavales ¡nos disfrazamos de nuevo! Eso sí, todos con máscara, eh. Hombre precavido vale por dos” (definitivamente, CI bordeando la deficiencia intelectual).

Ya lo veis, compañer@s, ni falta me ha hecho someterle al test de Perales (¿Y cómo es él... de dónde es... a qué dedica el tiempo libre?) para saber que es harina del mismo costal. Y para constatar que yo, como diría Julio Iglesias, “tropecé de nuevo y con la misma piedra”. ¡Qué Dios nos coja confesados! A ver ahora qué se le ocurre al novel (que no al Nóbel). ¡Dios mío, dame paciencia, que fuerza ya tengo!

Recibo un fax, manuscrito (veo que éste es un pro de las nuevas tecnologías); BIBLIOCARNAVAL: PREMIO AL DISFRAZ MÁS ORIGINAL! (veo, también, que va sobrado de ideas brillantes). Quiero aforo total y todos los medios (definitivamente, vamos de c... de cráneo).



Grito para mis adentros: ¡Pero, señores, qué menos que una sesión de cuentacuentos, un taller de máscaras, una exposición bibliográfica sobre la historia del carnaval, o sobre los lugares dónde celebrarlo: en Río, en Venecia, en Barranquilla, en Colonia, en Tenerife, en Cádiz con sus chirigotas! Pero, claro, teniendo la biblioteca, que es el comodín del público, y una “bibliorina” que es chica para todo, y que lo mismo te presta un libro, que te recita un poema, que se disfraza y te baila...

Intento tranquilizarme: “Venga, Súper, respira hondo. Ya sabes que donde manda patrón...”

Me replico: “Ya, pero es que estoy cansada de remar contra corriente. ¡El barco se hunde!”

Reflexiono por un momento: “¿Y a mí que me importa si se hunde el barco y su tripulación?”

Concluyo: “¿No es carnaval? Pues, venga, más samba y menos trabajar. ¡SAMBANDO, que es gerundio!”

Me tomo un sol y sombra, y medio, y a bailar, “... que la vida es un carnaval, y las penas se van cantando...”

### Dos meses después:

La fiesta de Carnaval se llevó a cabo. Cada uno dando vida a un personaje. Casualmente, yo caí enferma (y no miento, sólo de pensarlo me daban escalofríos). Dicen que el nuevo concejal lucía mucha

pluma. Pensé que iría de gallina, por lo de los huevos de oro del consistorio, o de gallito del corral por lo muy empavonado que iría en su premier o, incluso, con pluma de escritor por aquello de ser concejal de bibliotecas. Pero no. La pluma era por otra cosa. ¡El personaje que nos faltaba! Me dijeron que hubo disfraces curiosos. Como el de aquel que fue cubierto de *pantones* de colores para mostrar “Las 50 sombras de gris”, o ese otro que llegó en góndola para escenificar “Muerte en Venecia” (aunque bien podría haber sido “Muerte en la biblioteca” porque se lio a palos con el concejal por su condición sexual, y casi le despluma). Sin embargo, el elenco de jueces, todos altos representantes de la esfera política, sucumbieron ante los “encantos” y originalidad de uno que, aparentemente, iba de paisano y ni siquiera se había inscrito en el concurso. Pero los jueces determinaron premiarle, alabando su estética, de técnica minimalista, sin abalorios ni decoros, pero dejando entrever que, sin duda alguna, iba disfrazado (de mofeta). Así fue cómo nuestro “Tenor” se alzó campeón único e indiscutible del primer premio (una paletilla de hembra) mientras el pueblo gritaba a la voz de “¡Tongo, tongo!”. Si no es porque conozco a unos y otros personajes, yo también hubiera pensado que aquí había nepotismo y que ese jamón, además de denominación de origen (Mercadona), ya tenía nombre.

Por cierto, “el Tenor” ya no sigue entre nosotros. Se fue, gracias a Dios y al concejal, con la música a otra parte. ¡Cuidado, compañeros, es carne de biblioteca! El que avisa no es traidor. ▴